

AVISO A NAVEGANTES: ESTE TEXTO LES LLEVARÁ A LA DERIVA

Una o varias personas que se abandonan a la deriva renuncian durante un tiempo más o menos largo a los motivos para desplazarse o actuar normales en las relaciones, trabajos y entretenimientos que les son propios, para dejarse llevar por las sollicitaciones del terreno y los encuentros que a él corresponden

(Guy Debord)

Los motivos por los que se navega son variados: desde la necesidad al lujo. En cualquier caso, la navegación ha sido desde siempre una actividad íntimamente ligada al ser humano, que parece no tener suficiente con el territorio que habita y se lanza a la búsqueda aventurera que lo aleja de lo conocido y lo adentra en las bastas regiones de lo desconocido.

Palabras como riesgo, inestabilidad, zarandeo, ausencia de referencias, zozobra, tormenta, naufragio, inmensidad, rumbo, cartas marinas, cuaderno de bitácora, timón, mareo y muchas otras que se podrían añadir a esta lista, corresponden al lenguaje de la navegación, pero, curiosamente, también son habituales en las descripciones que los antropólogos, los filósofos y los sociólogos hacen de la sociedad y los individuos contemporáneos, estableciéndose así una correspondencia en forma metafórica.

Peter Sloterdijk es uno de los que se han basado en la idea de la navegación para analizar tres épocas en la evolución política de la humanidad. Para él, la primera corresponde a la *era de las balsas, sobre las que pequeños grupos de hombres son arrastrados por la corriente a través de enormes espacios temporales; la segunda, como de una época mundial de la navegación costera, con galeras estatales y poderosas fragatas que parten hacia arriesgados y lejanos destinos, llevadas por esa visión de la grandeza que está psíquicamente anclada en la bendita hermandad de los hombres; y la tercera, como una época de superviajes, casi imparables en su enormidad, en los que se atraviesa de parte a parte un mar de ahogados, con trágicas turbulencias en los costados de la nave y, a bordo, angustiosas conferencias sobre el arte de lo posible.* A esta última era es a la que pertenecemos los individuos de lo que se ha venido llamando la sociedad de la información, o también, postmoderna. Individuos

a los que describe como *islas nómadas*; es decir, seres sin fijación que se desplazan de acá para allá sin detenerse en ningún territorio. Y es esta noción de territorio una de las grandes pérdidas, pues hasta hace bien poco era el fundamento de cualquier sociedad que se reconociera como tal, era la base del concepto de Estado moderno, el espacio común en el que un grupo de personas vivían unidos por vínculos que les permitían sentirse miembros de una comunidad histórica y de intereses.

Marc Augé no emplea la palabra territorio, sino lugar, pero la descripción que hace de él, y la que hace de su opuesto, el no-lugar, es muy ilustrativa: *el lugar es un espacio fuertemente simbolizado, es decir, que es un espacio en el cual podemos leer en parte o en su totalidad la identidad de los que lo ocupan, las relaciones que mantienen y la historia que comparten... Es, en resumen, un universo de reconocimiento, donde cada uno conoce su sitio y el de los otros, un conjunto de puntos de referencias espaciales, sociales e históricos: todos los que se reconocen en ellos tienen algo en común, comparten algo, independientemente de la desigualdad de sus respectivas situaciones.*

El no-lugar, en cambio, es absolutamente lo contrario, es el espacio en el que nada se puede leer ni reconocer, en el que estamos pero no nos identificamos con nada ni con nadie. Sus ejemplos más típicos son los aeropuertos, las grandes autopistas, las grandes superficies comerciales que tanto han proliferado en las afueras de las ciudades o las megalópolis contemporáneas. Curiosamente, todos estos ejemplos de no-lugar están muy relacionados con el concepto de viaje, de rápido desplazamiento a otro espacio al que tan aficionados nos hemos vuelto los habitantes de la era globalizada. Viajamos (navegamos) incluso, sin movernos de la silla, mediante un teclado, un ratón y una pantalla que nos acercan los lugares más remotos y la información más insospechada, de manera que ni siquiera es ya estrictamente necesario que desplazemos nuestro cuerpo, porque el resultado no difiere mucho del que se obtiene a través de una presencia física en otro lugar del que sólo se ve aquello que ya se sabe, como aquellos turistas que delante de Santa Maria dei Fiore, en Florencia, no levantan la vista de la guía, que les dice todo lo que hay que ver, limitando así la experiencia del viajero, que no obtiene mayor beneficio del viaje que la satisfacción de contárselo a los amigos a la vuelta, momento en el que realmente finaliza el viaje. Se puede decir, por tanto, que aunque ha realizado el viaje, ese turista no ha penetrado en la experiencia del lugar que visitó, no ha dejado de ser lo que es, un turista del siglo XXI, para convertirse en otro, en uno del lugar y del tiempo en el que Brunelleschi levantó la famosa cúpula.

Por lo tanto, el viaje de ahora, el turístico, el de negocios o el cibernético, nada tiene que ver ya con el de antes, para el que se necesitaba una larga preparación, un extenso recorrido y una prolongada estancia, características todas ellas que, en cambio, sí están presentes en la navegación tradicional, que a estas alturas se ha convertido en un lujo, pues es lenta y cara en una época caracterizada por el rápido y masivo acceso a los bienes por parte de las masas incapaces de experimentarlos antes de consumirlos. No tienen tiempo.

Lujo es un concepto que remite inmediatamente al de necesidad, siendo lujo la posesión de más bienes de lo necesario. El problema, entonces, es la determinación del umbral a partir del cual se pasa de un espacio al otro en un sistema económico que utiliza a los ciudadanos como instrumentos para la propia supervivencia del sistema, generándoles la necesidad de una gran cantidad de productos que nunca antes habían entrado en la categoría de necesarios.

Sin temor a equivocarnos gravemente podemos entender por lujo todo aquello a lo que el sistema económico capitalista no presta atención, lo que de momento deja de lado a causa de su escasa masificación y, por consiguiente, su falta de rentabilidad. No es mucho, ciertamente, lo que la globalización económica ignora, y un buen ejemplo es la propia navegación, aunque poco a poco vaya cayendo en sus redes mediante su conversión en crucero turístico, eliminando cualquier experiencia personal que no sea la de ir en un barco, aunque el pasajero no realice ninguna actividad propia de la navegación. Quedan, sin embargo, algunos reductos en los que el ser humano aún puede experimentar, ámbitos de desarrollo de experiencia que casi necesariamente han de ser privados; tan privados que aún siendo comunes a todos no nos es posible desprendernos de ellos. Son, por tanto, inútiles como objeto de comercio, antieconómicos, porque su intercambio origina un enorme beneficio personal al receptor sin que exista pérdida o sacrificio por parte del donante. Se trata del espacio espiritual, al que frecuentemente Chema Alvargonzález presenta en sus obras en relación con el espacio “real” de la ciudad o el entorno en el que se desarrollan sus exposiciones, de manera que aproxima al espectador su planteamiento metafórico sobre el espacio de la experiencia contemporánea del ser.

Y si como espectadores estamos obligados a leer las obras, a hacer una interpretación de las mismas, a *prestar oído a un mensaje*, que no es otra cosa que *hacer presente que lleva al conocimiento*, tal como Heidegger describe lo hermenéutico, no nos queda más

remedio que tratar de analizar la relación entre las imágenes y lo que en ellas se hace presente; es decir, recorrer los términos de la metáfora para dejar *presenciar* (nótese que como infinitivo verbal indica una acción) lo que se hace presente (el mensaje) en lo presente (las imágenes)

De alguna manera, ya está dicho que lo que se hace presente en el *presenciar* de estas imágenes: la experiencia contemporánea del ser; pero si el texto de un catálogo tiene que ser ilustrativo, lo que es dudoso hasta para quien lo escribe, convendría aclarar los términos de esa relación entre las imágenes y lo que ellas hacen presente, hacer presente en palabras lo que las imágenes ya hacen por sí mismas.

Para ello nos serán de utilidad algunas de las ideas generadas por Sloterdijk, Augé y Heidegger, concretamente las de “isla nómada”, “lugar” y “casa del ser”. Hasta aquí, las dos primeras deben haber quedado aclaradas, siendo la “casa del ser” la que necesitaría una mayor explicación.

Heidegger, en su conversación con el japonés de su texto titulado “Un diálogo acerca del habla”, trata de aclarar lo que él cree que se ha malentendido en su afirmación previa de que el habla es la casa del ser. Dice que con esa expresión no pretende crear el concepto de esencia habla, a la que un poco más adelante define como *el rasgo fundamental en la relación hermenéutica del hombre con la Duplicidad de la presencia y de lo que es presente*. Dicho con otras palabras, existe una presencia de algo que se hace presente, y eso que se hace presente es un mensaje que se representa mediante la palabra, especialmente la palabra poética, la que nombra y hace ser a las cosas, tal como dice el último verso del poema de Stefan George al que el propio Heidegger dedica su atención en su ensayo titulado *La Palabra: Ninguna cosa sea donde falta la palabra*.

Llegados a este punto parece oportuno preguntarse por la relación de las imágenes de Chema Alvargonzález con estas tres ideas de isla nómada, no-lugar, y casa del ser, una relación que no puede ser sino hermenéutica, una interpretación del mensaje de lo que se hace presente en la presencia. Imágenes que representan lo que se hace presente, imágenes palabra que nombran y hacen ser. Pero, ¿qué es lo que hacen ser esas imágenes en las que aparecen casa y mar, casa que flota?

El texto parece exigir una respuesta, que se dará, no sin antes aclarar que se tratará necesariamente de una interpretación, una lectura, entre otras posibles, de las imágenes palabra para la que probablemente no sean estas palabras las más adecuadas, porque

frente a esas imágenes siempre parece que faltan las palabras, y si faltan es porque, siguiendo a Heidegger, estas imágenes son la representación de un no-ser, de ese ser contemporáneo, conato de ser, isla nómada, que flota y se desplaza al albur del viento sin más referencias espaciales que un horizonte inalcanzable, incapaz de recordar ya el puerto de partida y, lo que es casi peor, de conocer el de destino. Mudo y solitario, el individuo contemporáneo se ha quedado sin palabras porque ha perdido la intimidad con el mundo, y a pesar de su mucho hablar nada dice, porque, precisamente, esa verborrea no hace sino mostrar la enorme distancia que ya hay entre las palabras y las cosas, que se ha perdido la relación inmediata que antaño se daba y que hacía que la palabra desvelara el ser de las cosas. Así, la casa del ser, el habla manifestada mediante la palabra, navega en su extrema individualidad lejos de cualquier lugar en el que pudiera leerse una identidad o unos rasgos sociales o históricos compartidos con otros.

Sloterdijk lo llama *individuo postsocial*, el que corresponde a una sociedad, la actual, que necesita de individuos que cada vez necesitan menos de la sociedad, dándose así la paradoja de que la llamada sociedad global se basa en la desmembración del concepto de sociedad, y sus componentes no son más que un conjunto de *individuos individualizados al extremo* que no mantienen ya ninguna relación con sus semejantes ni con el mundo, que a pesar de estar al alcance informativo inmediato nunca se hace presente. Se hace, en cambio, consumible, en una mutación de presencia a consumo que no es otra cosa que una modificación radical de la experiencia. Consumimos un mundo que ya no se nos hace presente, lo usamos pero no lo conocemos.

Así las cosas, es perfectamente posible realizar una interpretación de las obras de Chema Alvargonzález en clave de conocimiento, como un viaje-navegación del espíritu, él lo llamaría alma, en busca de un saber al que Heidegger define como una visión, una visión tomada y que nunca más se pierde de vista. Ese viaje-navegación es un camino experimentado como tal en el que el navegante aprende y en el que el mundo se hace presente, y cuando eso sucede, cuando el mundo presencia, el navegante habla a través de la palabra que representa el mensaje de lo que se hace presente.

Pero la existencia de interpretaciones diversas, la del ser contemporáneo como *isla nómada* y la del viaje del conocimiento no deben tomarse como necesariamente excluyentes sino que siempre cabe la construcción de otra interpretación más que haga posible su convivencia. En ese caso, la *isla nómada* pierde gran parte de su sentido negativo para activarse en la búsqueda de lo desconocido, en una deriva que recuerda al

método Situacionista de reconocimiento del espacio psicogeográfico. Para los Situacionistas “la psicogeografía es el estudio de los efectos precisos del medio geográfico, ordenado conscientemente o no, al actuar directamente sobre el comportamiento afectivo de los individuos”. Se trata, por tanto, de analizar los efectos del medio ambiente, urbano en el caso de los Situacionistas, sobre la vida del ser humano que lo habita, quien, abrumado por los usos y costumbres sociales generados a lo largo del tiempo, ha perdido la vida privada. La deriva se comporta entonces como un método de activación de la conciencia por el que el ser humano modifica sus comportamientos y recupera la libertad perdida, un método de conocimiento del mundo por el que éste, y el propio sujeto del conocimiento, devienen conocidos; es decir, vistos, apropiados y ya nunca perdidos de vista. Pero para que se produzca esa alteración de los comportamientos, la recuperación de la libertad y el conocimiento es condición necesaria la salida del sujeto del conocimiento afuera, el abandono de lo ya conocido, y la errancia atenta por el espacio que separa al objeto y al sujeto. Sólo desde ese espacio exterior se puede producir el pensar, que para María Zambrano es lo que otorga la intimidad, comunidad, entre el sujeto, el objeto y los sucesos. El pensar no es apropiador sino, al contrario, liberador; es una acción basada en la renuncia a saber, una acción en la pobreza, una superación del cerco del yo, una trascendencia, que, sin embargo, se comporta como un renacer, una vuelta a ese origen en que la presencia y lo que se presenta coincidían, y con ellos, la palabra. Entonces, en la situación paradisiaca original nada asombraba porque se daba en la unidad, en la absoluta identidad de mundo y sujeto, de manera que la expulsión del Paraíso no es otra cosa que una ruptura por la que el sujeto queda en falta, una falta que es el origen de la búsqueda incesante y del *pasmo* que el sujeto siente cuando ve la luz originaria que envuelve a los objetos, los sucesos y a él mismo.

Para Michel Foucault este pensar, el del afuera, *se mantiene fuera de toda subjetividad para hacer surgir como del exterior sus límites, enunciar su fin, hacer brillar su dispersión y no obtener más que su irrefutable ausencia, y que al mismo tiempo se mantiene en el umbral de toda positividad, no tanto para extraer su fundamento o su justificación, cuanto para encontrar el espacio en que se despliega, el vacío que le sirve de lugar, la distancia en que se constituye y en la que se esfuman, desde el momento en que es objeto de la mirada, sus certidumbres inmediatas.* Para Foucault ese pensamiento del afuera se caracteriza por una negligencia activa que coincide con la de

la deriva Situacionista, y esa actividad en la negligencia no es sino el celo en mantener una mirada que permita ver la luz (la originaria) que ilumina y hace presente al mundo y al sujeto; una mirada que para María Zambrano ha de preceder a la visión plena, esa en la que se da la identidad entre lo visto, el ver y la visibilidad.

Según esto, las imágenes de Chema Alvargonzález serían los encuentros del ser de la deriva, los hallazgos en su devenir navegante que le hacen ver lo que se oculta para una mirada convencional, pero que pueden ser cartografiados y nombrados; es decir, ordenados y reproducidos mediante un lenguaje que los hace ser. Son imágenes que condensan lo que el artista ha rescatado del ser contemporáneo y lo iluminan: las metáforas de la casa del ser y la isla nómada, la luz original, la deriva, el pensar, el afuera..., imágenes que dan forma al ser y que muestran su apariencia, al cabo metáforas ellas mismas, pues ya sabemos que nada es solamente lo que es sino también lo que parece y que entre ser y apariencia hay un juego de afinidades y parentescos que llega al extremo cuando una cosa vale la otra, cuando una cosa puede ser nombrada con el nombre de otra, quedando así nombradas las dos al mismo tiempo en unidad de sentido.

P.D.- El que avisa no es traidor. A la deriva hemos venido, a la deriva hemos llegado.